

COLECCIÓN ARIEL

Epítomes de Literatura Internacional, Antigua y Moderna

Número 33

San José, Costa Rica, C. A.

Mayo, 1913

SUMARIO

R. Morales de la Torre . . .	<i>Hojas secas</i>	
Alfonso Villegas Arango. . .	<i>Aurora</i>	
V. Domingo Silva	<i>La cuna vacía</i>	
Miguel de Unamuno	<i>Intermedio ortográfico</i>	10
Alberto Ghiraldo.	<i>Barrett</i>	22
Rafael Barrett	<i>Filosofía del altruismo</i>	23
	<i>En la estancia</i>	41
Franz Toussaint	<i>Poemas</i>	47

Hojas secas

Sué en la soledad mística de un jardín:
 el viejo jardín del Luxemburgo, po-
 blado de leyenda y de sueños románticos.
 Era una tarde milagrosa, bajo un cre-
 púsculo de oro. En la fuente de Carpeaux
 los chorros de agua contaban en voz baja
 sus quimeras, en voz baja y temerosa,
 que prestaba un sentido y un misterio
 nuevo a aquel paisaje de silencio.

Imperiosa y dulce era la tristeza, que
 emanaba de todas las cosas en esa hora

de meditación. Hubiérame creído el único habitante del jardín; pero mis ojos descubrieron bajo el abrigo de un castaño una pareja solitaria. Era el viejo novelista Marcel Donal y su esposa, aquella Paulette Bompard, que había sabido ser en la vida del maestro insigne la amante inspiradora, la hermana inseparable y dulcísima.

Aquellos dos ancianos, con los que al acaso me reunía en el jardín, hablaban juntos, muy juntos, como dos enamorados. Un gran seto de rosales me ocultaba de la débil inquisición de sus ojos cansados. Ella sonreía y bajo los bandeaux de plata, las pupilas verdes de un verdor de aguas estancadas se iluminaron con una chispa efímera, de vida; musitó al oído del anciano no sé qué palabras evocadoras y el maestro sonrió con la sonrisa maliciosa e ingenua de un niño travieso.

Ambos volvieron en derredor los ojos y encontrándose solos se miraron. El atrajo hacia sí, mimosamente, la cabeza de la anciana y sonó un beso, un inocente beso triste, que a mis oídos pareció un sollozo.

Qué pena tan dulce y tan íntima des-

pertaba en mi alma aquella escena de amor, aquellos dos viejos que en el paseo se besaban con beso furtivo. En mi mente reviví la historia, las horas pretéritas. Ví trasformarse por la virtud del recuerdo, al maestro de cabellos blancos y a la dulce esposa envejecida en una pareja juvenil y riente que hacía medio siglo se besaban quizás en el mismo banco del jardín.

Ella era entonces una obrerita con alma de golondrina, una niña deliciosa e ingenua, como una figura de Greuze y él, un bohemio de melenas doradas, fervoroso de su amor, creyente de su sueño.

Para remediar todas las miserias, para curar todas las tristezas de su pobre vida, sólo conocían entonces aquel jardín romántico de olvidos.

Ambos iban a él llevando, intactas, inagotables, las dos virtudes de su alma, las solas riquezas de los dos: su pasión, y su arte; las únicas cosas que poseían sobre la tierra.

Paulette era el público, el sólo público ferviente y admirado, que encontraba perfectas las páginas de Marcel. Una misma fe en el porvenir los encendía, los fundía

en un solo espíritu. Juntos buscaban a los editores, juntos alentábanse en esa empresa sublime y loca de perseguir la gloria, y las horas de desaliento se curaban poco a poco con los besos ardientes del jardín.

Después, el primer libro y el primer triunfo. La emoción indescriptible del volumen contemplado al través de las vidrieras de venta, el primer hijo de su fe y de su amor soñado en noches sin término, hecho con el cerebro y con su sangre, vivido y escrito con el alma toda.

Luego la mutua embriaguez del renombre, la fortuna dominada y pródiga, los nuevos libros, el viaje a Italia, que los dos recorren en peregrinación de belleza, la vuelta a la ciudad natal, que le aclama maestro indiscutible.

Así pasan las horas, los días y los años, así la primavera muere y el otoño concluye.

Han llegado por fin como partieron, cogidos de la mano, sin separarse nunca. El tiempo se ha vengado en el cuerpo del maestro, que creara obras inmortales, vencedoras del tiempo. Sus cabellos están blancos, sus pies se arrastran difíciles.

Ella también está fatigada, pero su amor sin plural ha triunfado del tiempo.

Qué dulzura tan llena de melancolía la que sienten hoy bajo la tarde que muere entre las hojas que caen! Han vuelto al jardín, han principiado otra vez la historia remota. Ya no como entonces les agitan entusiasmos ni la pasión les hace vibrantes, pero ¡qué sagrado y qué suave es su amor apacible!

El mismo banco que los unió ha medio siglo, los reúne este día de recuerdos. Un viento de muertas primaveras pasa por el jardín y los viejos amantes piensan que trae juventud en sus alas, sin mirar que cuando sopla, de todos los árboles comienzan a caer las hojas secas. Ah! cuánto he deseado oírles, acercarme a ellos respetuoso y filial! Qué han hablado? No sé; pero ante las palabras se han sentido rejuvenecer y se han besado.

Vuelvo de mis meditaciones y ya está solo el banco de la avenida. Han partido. En las tardes otoñales hay frío y ellos temen el frío de las tardes.

Pobres viejos! se han besado furtivamente con inquietud, escondiendo su cariño, temiendo quizás las miradas del mun-

do, burlonas e importunas. Sí, se habrían reído... implacablemente, de ese amor sagrado y venerable. La humanidad sólo concede a la juventud el derecho de amarse; el idilio de los viejos le parece risible. Qué cruel es la humanidad!

Raimundo Morales de la Torre
(Del Perú: buen cuentista)

Aurora

De rocío la frente coronada,
envuelta en grácil manto de neblina,
de las cumbres la Aurora diamantina,
desciende al bosque, al valle, a la hondonada.

Al dulce resplandor de su mirada,
en sus antros la noche se reclina;
y con grato trinar la golondrina
despierta al labrador en su morada.

Lanzando al viento su canción de amores
en el trigal retoza alborozada
la turba de los rústicos cantores.

Y cuando el himno universal empieza,
se acerca a despertarme enamorada
mi compañera amante, la Tristeza.

Alfonso Villegas Arango
(De Colombia)

La cuna vacía ¹

No ha muerto, nó, no ha muerto.

Ni siquiera se ha ido.

Siempre está con nosotros, aunque no haga ruido,
ni sus ojos enormes nos sonrían como antes.

Siempre está con nosotros!

No hai horas, no hai instantes
que algo, en la casa muda, no nos recuerde el día
en que, al verle en su cuna, creímos que dormía.

Dormía, si, en efecto, los ojos entornados
e inmóviles, los labios secos y amoratados.
Era su sombra sólo! su sombra taciturna
que noble mano amiga depositó en la urna...
Su cuerpo, no su espíritu, no su sér ideal:
el vaso miserable, no el efluvio inmortal.

Porque él vive en nosotros.

Preside nuestras charlas.

Coje nuestras ardientes manos para besarlas.
Entre ella i yo, vacía, su sillita le espera,
y cada tarde un rayo de sol, cual si quisiera
borrar con su tibieza la pena del hogar
ocupa tembloroso su sitio familiar.

¹ De *La Selva Florida*: N^o 47 de IDEAS Y FIGURAS de Buenos Aires.

Está presente en todo.

Nada hablamos ni hacemos
sin recordarlo, nada... Los silencios supremos
de las meditaciones, las frases indecisas
de un diálogo, al hojear de un libro, las sonrisas
i los suspiros, todo le pertenece. Es dueño
de nuestro afán,
de nuestra quietud,
de nuestro sueño.

Lleno está siempre el nido de su presencia!

[El pomo
conserva siempre el alma de su perfume... Como
si siempre nos citáramos para hablar de lo mismo,
recordamos sus jestos, su gracia, su egoismo,
su infantil inconciencia.

I, ahondando nuestra herida,
nos parece que en torno se ensanchara la vida.

Nos sentimos más buenos.

Nos hiere en lo profundo,
como tristeza propia, la tristeza del mundo.
Es él, su dulce imájen la que el hogar invade.
I esa dulzura íntima, romántica saudade,
que el corazón nos llena de amor i de indulgencia,
anjel! te lo debemos a tí i a tu presencia.

A tu presencia, que habla
sin hablar, que nos guía,
que envuelve nuestras almas en esa poesía
melancólica i tierna como un rayo de luna.
No estás, i estás en todo. La oquedad de tu cuna
guarda intacto el relieve de tu cuerpo bendito...
Si hai veces que saltamos creyendo oír tu grito!

Qué grotesca es la muerte, comedianta sombría,
ante el amor que triunfa! Todo el terror que un día
estrangulara nuestro corazón, ya ha pasado.
El hijo que perdimos ya no está a nuestro lado:
está en nosotros mismos! Su alegría inocente
pasa por nuestras almas cantando eternamente.

Bendito tú, que vives de nuestro amor! Benditas
tus risas gorjeadas, tus blancas manecitas.

Cuando ella duerme es sólo
contigo con quien sueña.

Tú eres quien hace jestos en su boca risueña!

I yo, mientras escribo, loco de tu cariño,

me digo:

«Chit! Recuerda que está durmiendo el niño!»

Víctor Domingo Silva.

Es uno de los buenos poetas de
Chile; *Hacia allá...* otra obra suya,
es un conjunto de hermosos poemas.

Intermedio ortográfico ¹

ESTA correspondencia es un vago y no sé si ameno desahogo, que en nada atañe al corrector de pruebas de este diario *La Nación*: ya que él cumple con su deber. Pues su deber es corregir las pruebas todas que se le presenten de cualesquiera escritos que en estas columnas hayan de aparecer y corregirlos conforme a la pauta general ortográfica que ha dado la Real Academia Española de la lengua, y a que se someten la casi totalidad de los escritores. Menos yo, por supuesto.

¡Yo no! Yo no acepto las pedanterías ortográficas, pedanterías retrógradas, de la Real Academia de la lengua, y ortografía a mi manera procurando acercarme a la lengua hablada. No adopto la ortografía fonetista que algunos en Chile emplean por ra-

¹ De *La Nación* de Buenos Aires.

zones que he de dar, pero así como no soy en esto, como tampoco en otras cosas quiero serlo, radical revolucionario, menos soy retrógrado. Quiero decir que ni modifico en absoluto la fisonomía corriente escrita de un vocablo, ni restablezco signos que desaparecieron porque debieron desaparecer.

Conste, pues, que cuando en estas columnas aparezca algo *oscuro* por *oscur*, alguna *substancia* por *sustancia*, algún *transmitir* por *trasmitir*, *septiembre* por *setiembre* y cosas así, es que el corrector de pruebas, cumpliendo con su deber oficial, lo ha corregido. A mí nadie me hace escribir sonidos que no pronuncio y no soy tan pedante como para decir *septiembre* ya que no digo *siepte* o *subscriptor* ya que no digo *escriptor*; pues la misma razón hay para esto que para aquello.

«¿Por qué no le pone usted una hache a armonía (*harmonía*)?» me preguntó un amigo, y le contesté: «Porque supongo que yo, profesor de griego,¹ que no le planto semejante hache inútil a la armonía he de saber

¹ El señor Unamuno es Rector de la Universidad de Salamanca, profesor de griego en la misma, y uno de los escritores más fuertes y originales de la España actual.

por qué se la ponen los que se la ponen sin saber por qué». Y en punto a haches, hay una regla que no marra y es esta: ien la duda, abstente! En caso de duda escribir como se pronuncia y como no se pronuncia la hache, no escribirla.

Una vez al corregir unas primeras pruebas de un escrito mío taché de la prueba uno de esos signos que no representan sonido alguno vivo, una *b* de *substancia* o de *obscurro*, una *s* de *inconsciente*, una *g* y *s* de *incognoscible* u otra pedantería así. Y al enviarme segundas pruebas el regente de la imprenta debajo de mi corrección escribió esta advertencia: ¡ojo! A lo que yo tomando la pluma tache el ojo! y escribí en grandes letras: ¡oído!

Mas he observado que en caso de duda son muchos los que se van tras de lo que no suena, sin duda para demostrar que saben lo que se traen entre manos. Muchas veces he visto escrito *explendor*, *excéptico*, *expontáneo* con equis, cuando debe ser con *s* por provenir de *splendor*, *spontaneus*, *scepticus* y sobre todo porque semejante equis no se pronuncia. Pero es lo que se dirá el que comete tal desliz ortográfico: si no lo escribo de distinta manera de como lo digo,

¿en qué se me va a conocer que sé más que esos desgraciados que tienen mala ortografía?

Nunca le dí una gran importancia a la ortografía como les ocurre a no pocos pedantes y cuantos tienen alma de dómine que juzga de la mayor o menor cultura de uno por meras exterioridades litúrgicas, y creo que puede haber un gran escritor que vacile en la ortografía, pero en un hombre de carrera literaria, que haya tenido que leer algo, el cometer ciertas faltas de ortografía arguye poca atención. El que un hombre que ha debido de ver cientos y miles de veces escrita la palabra *hecho*, pongo por caso, la escriba sin hache, confundiendo acaso con el verbo echar, o le ponga hache a éste, arguye una poca fijeza de atención que es signo de espíritu distraído o voluble. Mas fuera de esto tiene ello en sí muy poca importancia.

En realidad no habría más que un sistema racional de ortografía, y es el fonetista, aquel en que a cada signo corresponde un solo sonido y a cada sonido un solo y mismo signo. Pero este sistema que han tratado de introducir algunos tropieza con muy graves inconvenientes.

En primer lugar hay muchos más sonidos y matices de sonidos de los que a primera reflexión creemos. Así la *s* de *desde* o la de *mismo*, una *s* sonora, no suena lo mismo que la *s* de *esto* o de *aspa* que es *s* sorda, ni la *m* que escribimos en *campo* suena como la *m* de *amo*, ni la *b* de *caballo* es la misma *b* de *bueno* y de *también*. Aparte lo cual, como la pronunciación de ciertos sonidos varía de una región a otra, si escribiéramos fonéticamente y cada cual según habla, en Andalucía escribirían *zeñó* lo que en Castilla *señor*, y no estaría del todo mal aquel rótulo que aparecía en una barraca de un pueblo de esa región, en que decía así:

K PAN K LA

Y al preguntar un curioso qué es lo que aquello quería (que... que... que... que... criticará un pedante acústico) decir, le respondió el dueño de la barraca: «Po'bien claro etá: ca pa'ncalá!» Ni aun así logró entenderlo el curioso, hasta que logró darse cuenta de que aquella «ca pa'ncalá» era cal para encalar.

Más de una vez he visto en poesías americanas hacer consonantes palabras que en-

tre nosotros se diferencian por llevar una *c* y otra *s*—como si aconsonantáramos plaza y casa—o *ll* y *y*, y es, sin duda, porque ahí como en buena parte de España no se distingue entre la *s* y la *z* o entre la *ll* y la *y* pronunciándose *pollo* lo mismo que *pojo*.

El mayor obstáculo a la admisión de la ortografía fonetística en la lengua inglesa, que es la lengua de más difícil y enrevesada ortografía y donde aparece ésta más arbitraria, es que el inglés aunque todos lo escriban lo mismo no todos lo pronuncian igual y si se llegara a que cada cual lo escribiese como lo pronuncia acabaría por escindirse en varios dialectos. La unidad de la lengua inglesa es sobre todo una unidad escrita y es esta unidad lo que más impide que se escinda en varias lenguas. La lengua escrita, por su mayor fijeza, porque ata y sujeta a formas uniformes y permanentes la palabra multiforme y variable, es un lazo de unión a través del tiempo y del espacio. Si nuestra castellana no se escribiese habría cambiado del siglo xvi acá mucho más que lo ha hecho y propendería a diversificarse en dialectos. A la escritura debemos la relativa mayor permanencia.

Lo que no impide, claro está, que la len-

gua evolucione y se modifique. El castellano del siglo xv distinguía una ese, escrita simple: *s*, sonora, y una ese, escrita doble: *ss*, sorda, una *cs* y una *z*, y otras diferencias que se han borrado hoy. Y es una torpeza querer conservar el rastro escrito de esos sonidos, muertos cuando ese rastro desapareció. Pues que todos decimos y escribimos *suscriptor* y no *subscriber*, ¿a qué conduce restaurar estos dos signos, *b* y *p*, muertos como en la pronunciación en la escritura? ¿Qué en latín se escribe así?... ¡Vaya una razón! Si hemos de escribir y decir *septiembre*—iyo nunca!—porque en latín se escribía y decía *september* digamos y escribamos *siepte* y no *siete*, pues que en latín se decía y escribía *septem*.

Algunos pedantes—éstos nunca faltan—han propuesto la vuelta a la ortografía etimológica y que escribamos *philosophia*, *mythologia*, *physica*, etc., y hay algunos escritores que al escribir nombres propios griegos y latinos, como lo hacen del francés, los escriben a la francesa, etimológicamente, y no a la española, poniendo *Thucydides*, *Ganymedes*, *Anadyomene*, *Thales*, etc., y cosas así, con *th*, y *ph* y otras garambainas que rechaza nuestro idioma.

Y no ha faltado quien, para justificar semejante pedantería, haya salido con aquello de que así se podrá rastrear mejor la etimología de la palabra. ¡Valiente ocurrencia! Para el que sabe griego no es menester que le escriban *phthisis*, en vez de *tisis* para saber de dónde deriva este vocablo, y para el que no lo sabe basta que se lo expliquen, si es que no le tiene sin cuidado, como así debe ser, de dónde venga la palabra, con tal de saber lo que hoy significa. Pues en la inmensa mayoría de los casos eso de saber la etimología de una palabra no pasa de una curiosidad ociosa y sin ulterior alcance, dado que las palabras han venido cambiando, no ya de forma, sino hasta de significado.

Esta pedantería etimologista ha llevado a las veces a curiosas aberraciones, como sucedió en un tiempo en Francia, cuya lengua tiene una ortografía bastante averiada, en que, fundándose en que *fait*, hecho, deriva del latín *factum*, le metieron la *c* del latín, escribiendo así *faict*, sin tener en cuenta que la *i* de *fait* es el representante de la *c* de *factum*. Algo así como si en castellano, porque la voz *peine*, deriva del latín *pectinem*, le pusiéramos una *c*, *peicne*, pretendiendo

acaso luego que se pronunciase esa *c*, sin atender a que la *i* de *peine* proviene de la *c* del latino *pectinem*.

Y digo esto de que se pretendiese hacer pronunciar esa *c*, porque de haber restablecido la *b* de *obscuro* y de *substancia* y otros signos así muertos, puede seguirse que haya alguno tan dócil que llegue a pronunciarlas, lo cual es ya el colmo de la ridiculez. Y nada tendría de extraño. La *v*, derivada de *v* latina, no ha sonado nunca en castellano de otro modo que la *b*, o, mejor dicho, nunca ha tenido el castellano la *v* labio-dental sonora del francés, el catalán, el valenciano, etc., y sólo por pedantería ha ordenado la Real Academia, contra la historia y la índole de nuestra lengua, que las dos uvés de *vivir*, v. gr., se pronuncien de otro modo que las dos bes de *beber*. Y yo no puedo soportar a los actores que dicen *vive*, pronunciándolo como las uvés francesas. Habría que oír que aquí, en Castilla, lanzase uno un *viva el rey!* ¡así!

Que la Real Academia no sea revolucionaria y no decrete la ortografía fonetista está bien, pero está muy mal que sea retrógrada y no conservadora, pues retrogradar y no conservar es mandarnos ponerle a *oscuro*

una *b* que perdió en la pronunciación y en la escritura. Y es que rara vez se le ha ocurrido a esa tan ridícula como inútil institución ordenar algo puesto en razón. Y de lo poco ha sido su último decreto de que se les quite el acento a la preposición *a*, y a las conjunciones *e*, *i*, *o*, *u*, pues que de hecho son átonas, o más bien proclíticas, cargando sobre la palabra que les sigue. Esto arguye que la Academia se ha dado al fin cuenta de que hay en castellano palabras átonas, sin acento, que se unen a las que les sigue (o a las que les preceden), dejando aquel desatinado de su «Építome» de que en castellano todos los monosílabos son agudos (!!!). Por fin, se han enterado de que al decir *con razón o sin ella*, acentuamos así: *con razón o-sin-ella*, cosa que ignoran los versificadores, españoles y americanos, que se empeñan en rimar la preposición átona *de* con la persona yo del presente indicativo del verbo saber: *sé*, y cosas por el estilo, que provienen de hacer versos con los ojos y los dedos, no con el oído.

Claro está que hay pedanterías aceptadas ya y de no fácil remedio. La *k* de kilómetro, v. gr., es una pedantería de origen francés y de marca mayor, pero no es cosa de

desterrarla desde luego. Aunque por mí... Y hay otras pedanterías ortográficas de origen impuro, como la de aquellos de mis paisanos que se empeñan en escribir *Basconia* y *Bizkaya*, cuando mantienen las demás uvés del castellano, que no tienen más razón de ser. No hay más razón para escribir *Bizkaya* que para escribir *Obiedo* o *Bigo*. Si dicen que la *v* no es letra vascongada, diré que si se trata del signo ni la *v* ni la *b* y sí del sonido, que tampoco en castellano se distinguieron nunca. De modo que o tirar de la cuerda para todos o para nadie. Y lo de la *k* de *Bizkaya* es una amenidad pintoresca y pueril y nada más. Ganas de satisfacerse con liturgias. Como tampoco he pasado nunca con esa pedantesca y ridícula equis de *México* por *Méjico*, cuando no escribimos ya *Guadalaxara* y *Xerez*, etc. Son puras ganas de darle a un vocablo un aspecto exótico y poder decir: ¡alto aquí! ¡que esto no se lee como se escribe! ¡esta voz es de origen tal o cual!

En resolución, que aunque en lo general y en la casi totalidad de los vocablos, adoptó siempre la ortografía corriente, hay algunas voces en que no transijo con las pedanterías académicas, y en que, por razones

técnicas, adopto el modo de escribir que más se acerca a la pronunciación o pongo ante *ei* jota, en vez de ge, cuando etimológicamente no es ge, como, v. gr., *lijero*, *mujer*, *hereje*, *cojer*, etc., ya que lo mejor sería hacer lo que tanto se hace en Chile, y es adoptar siempre la jota ante *e i*, dejando la ge para los grupos *ga*, *gue*, *gui*, *go*, *gu* lo que prepararía la caída de la *u* de *gue*, *gui* y la diferenciación perfecta de ambos signos.

No soy, pues, responsable de las *obscuridades* más o menos *substanciales* que en *septiembre* o en otro mes cualquiera puedan seros *transmitidas*, lectores míos, en estas columnas que yo firmo. Ni aun inconcientemente (sin *s*) se me escapan a mí esas letras inútiles,

Miguel de Unamuno

Salamanca, noviembre de 1912.

BARRETT ¹

UN combativo, un combativo ante todo lleno de coraje mental. Además, un pensador que sabía dar forma artística a sus ideas. Claro y firme, su estilo constituye un modelo de síntesis en esta América, tan apta para la divagación y el atorrantismo literario. El fuego interno que lo devoraba, al pasar por el crisol de su cerebro, salía convertido en cláusulas luminosas, precisas, inconfundibles. Un afirmativo, un convencido de su verdad, como todos los grandes propulsores de ideas.

Así juzgo yo a Barrett, este hombre-acción, este escritor-hombre, este ejemplo de luchador que cae aprovechando rabiosamente las horas que le restan de vida para dar, hasta el último átomo, la luz propia, luz de amor, luz de sacrificio, luz buena, luz paternal siempre, luz que, al irradiar en su paso por estos países jóvenes, ha de quedar para bien de ellos, para bien de todos, formando parte de esa nebulosa de gloria donde quizás se hallen en formación los grandes astros-guías, las magnas ideas-fuerzas que han de marcar el rumbo de las generaciones por venir.

Alberto Ghiraldo

¹ Rafael Barrett, español; de familia hidalga. Residió varios años en el Paraguay y en el Uruguay. Murió en Francia en 1910. Obras suyas: *Cuentos breves*, *El dolor paraguayo*, *Moralidades actuales*, *Mirando vivir*.

Filosofía del altruismo

I

EL análisis de un caso particular es pretexto excelente para elevar la idea a una región superior en donde encontremos la clave de todos los problemas análogos. En la polémica sobre Napoleón he cedido gustoso a Casabianca la ventaja de los últimos cañonazos, y habiendo sobrevivido a ellos, aprovecharé la oportunidad de explicar cómo se arraigan mis juicios en un *substratum* filosófico.

No se asuste el que lea; no seré necesariamente árido y pedante. No entiendo la filosofía al estilo profesoral. Creo que todo ser vivo tiene la suya, y tal vez todo cristal y todo átomo. Para mí no se trata de una ciencia, sino de la trayectoria que sigue el centro de gravedad de nuestro espíritu. Claro, cuanto más nos instruyamos, menos inhábiles seremos a retratar la marcha de nuestro firmamento interior. Cuanto más

rico sea nuestro arsenal de expresión, nuestro catálogo de conceptos, imágenes y voces, menos opacos seremos a la mirada ajena. Estudiemos pues y experimentemos, pero no atribuyamos demasiado alcance a lo que traigamos de fuera. Lo de dentro es lo que importa, y eso no se aprende. Que lo haya y que lo descubramos, he aquí lo esencial; lo demás es accesorio. Los gritos más profundos de la vida han salido de hombres ignorantes. Cuántos de esos gritos sublimes resuenan en nosotros, aún, sin que podamos saber quién los lanzó! Vivimos de los genios anónimos mucho más que de los oficiales. Así nuestra industria y nuestra civilización toda viene del fuego, arrebatado a la naturaleza por un desconocido titán prehistórico, mientras que la inmortalidad de ciertos clásicos no es sino la inmortalidad del pergamino. Oh estupideces que el mármol hizo eternas! El aspecto físico de las cosas es el final de una serie, el término de una degradación. Lo real es invisible, y en cada uno de nosotros hay un mundo secreto.

Los místicos han sido los exploradores de ese mundo. Algunos se perdieron en él, otros lograron regresar, y compusieron in-

formes y oscuras descripciones de las playas que habían visto. Nuestro lenguaje, fabricado para la acción bajamente utilitaria, empapado de egoísmo y de lógica, es poco apropiado a traducir lo real. Por eso el misticismo se reduce a una experimentación interna, de seguro la única *positiva*, pero casi siempre inefable. Además, si bien la totalidad de los hombres está en contacto material con lo que les rodea, son muy raros los que estuvieron, siquiera un instante, en contacto consigo mismos. Nos ignoramos; el universo nos ha sido inútil. Llenos de tristeza, entregamos a la muerte nuestras almas intactas.

Para el que se asomó a los abismos de su propio ser, y sospechó las mejores posibilidades del destino, nada hay tan absurdo y repugnante como el afán común de acumular en exceso las energías exteriores. Aparece aquí la ruin noción de la propiedad. El avaro se figura que posee su oro: el guerrero que posee a sus soldados: el patrono que posee a sus siervos: el ambicioso que posee el honor. Cómo es factible poseer lo que está a la merced del azar? El oro es barro; los soldados y los siervos fantasmas, y el honor mentira. Si no nos posee-

mos, no poseemos nada, y los que no se poseen se mueren por palpar lo que es imposible poseer. Se posee lo que se es, y en cuanto se da. Para absorber lo externo es forzoso, como en una bomba aspirante, hacer el vacío; la sed de riqueza, de esclavos y de gloria no es más que el signo del vacío espiritual. Qué contraste con la plenitud íntima del justo! «Las delicias, la magnificencia, decía Sócrates a Antifón, he ahí lo que se llama felicidad: en cuanto a mí, estimo que si solo a la Divinidad pertenece el no tener necesidad de nada, el tener necesidad de poco nos acerca a la Divinidad».

La Divinidad necesita sin embargo entregarse, *trabajar*. Un Dios separado de su creación, ocioso y satisfecho, como el Vaticano lo exige, es algo repulsivo. Un Dios obrero no. «Dios, dice H. James completando a Sócrates, es lo que hay de más humilde, de más despojado de vida conciente o personal; es el servidor de la humanidad... Confieso libremente que no tengo el menor respeto hacia un Dios que se bastara a sí mismo: cualquier madre que da el pecho a su niño, cualquier perra que da de mamar a la cría, presenta a mi imaginación un encanto más próximo a mí y más dulce». De nuestro

punto de vista, Dios y genio son sinónimos. Todos somos Dioses. Si no lo fuéramos, si no encerráramos, más o menos escondida, una chispa de potencia creadora, no hubiéramos nacido. Todos somos genios; sólo el genio es. En unos duerme; en otros sueña. Nuestro deber consiste en cavar nuestra sustancia hasta hallarlo, para devolverlo después en la obra universal.

II

«El mundo invisible, el mundo secreto que llevamos dentro...» Estas expresiones parecerán poco propias de un estudio filosófico. Se puede hacer una filosofía de metáforas? Si el lector tiene paciencia, verá en otro artículo los motivos que nos inclinan a desconfiar de la lógica en uso, cuando se trata de tocar lo real. La lógica conduce a lo verdadero, mas para llegar a lo real es impotente. Lo verdadero es objeto de la ciencia; empleada en la utilidad común, cambia de siglo en siglo. Lo real, objeto de la sabiduría, es asunto que atañe directamente a cada uno de nosotros. Lo verdadero es exterior, lo real interior. De

lo verdadero nos servimos; de lo real vivimos, o por mejor decir, lo real es lo que vive. Lo verdadero exige los esfuerzos de nuestra razón, y la razón no es sino una parte de nuestro ser: lo real nos exige por entero. Un dialéctico puro es un mutilado. La humanidad no ha hecho caso a los metafísicos de gabinete, sino a los profetas, metáforas en acción. Hay en una metáfora más alma que en cien teoremas. Lo real no se explica: se siente y se ejecuta.

Pero bajemos a la región de las sensaciones ordenadas por la ciencia—esa ciencia helada y triste cuyo ideal—física matemática—es aplicar un sistema lógico a un conjunto de medidas. Encontraremos en la ciencia actual el rastro del mundo interno invisible, de tal modo es cierto que una porción cualquiera del universo constituye un símbolo de todo lo demás. Los griegos no tenían noticias de América, según he oído: tampoco la tenían de los enormes continentes de nuestro espíritu. Ignoraban las dimensiones del planeta y nuestras propias dimensiones. Para ellos, fuera de la conciencia no había nada. No se alejaron del luminoso círculo, centro de la inteligencia, y por eso lo que construyeron es

tan claro, tan elegante, tan evidente, y tan falso. Demostraron rigurosamente muchas mentiras, y Aristóteles, a través de la escolástica, nos emponzoña aún.

Somos ahora más humildes. Hemos comprendido que no es posible adivinar, que es preciso callarse y ensayar. Hemos hecho la geografía caminando, y la química ha salido de nuestras manos obreras. La naturaleza contesta siempre cuando se la interroga con angustia, y el objeto físico, es decir, el cadáver de la realidad, se ha estremecido bajo nuestra mirada. En nuestros laboratorios hemos descubierto lo inconciente; hemos verificado que el lugar donde se fabrican nuestros conceptos, donde nuestros sentimientos se enriquecen y se afinan, donde el carácter se arma y teje la memoria su fantástica tela, es un taller inmenso que mueve sus engranajes en la sombra. Somos secretos para nosotros mismos. Nuestra raza y nuestra descendencia nos habitan sin que las veamos. En las tinieblas de nuestro cerebro se levantan los muertos para apoderarse de los vivos, y los vivos para apoderarse del futuro. La génesis del crimen es inconciente, y la del genio también. Nuestras ideas, nuestras

emociones, nuestros impulsos son una continua sorpresa. Asistimos a su desfile prodigioso sin saber de donde surgen, cabellera de chispas desprendidas de la fragua oculta, y agitadas por el salvaje viento de la noche.

En el paisaje infinito del espíritu, ¿qué es la conciencia? Un punto perdido; la linterna del vagabundo. Débil linterna que paseamos por las encrucijadas del pensamiento y de la voluntad, débil lógica humana, gesto de duda en un instante de pereza, ¡ilumínanos la profundidad de los bosques y de los mares! ¿Dónde está el *yo*, dónde empieza y dónde acaba? Y los otros *vos* que aguardan detrás de la puerta, en la penumbra subconciente o subliminal, ¿cuándo nos invadirán y nos devorarán? Despertaré mañana asesino o santo?

Quizá nuestro *yo* se extiende hasta las estrellas más lejanas. Si mi brazo es *mito*, no es porque lo distingo y lo palpo, sino porque me duele, porque lo experimento de una manera *real*. Donde concluye el cuerpo, ¿concluye el conocimiento real del espacio? Si mi piel fuera transparente ¿no creería, ante el espectáculo de mis intestinos laboriosos y palpitantes, pero insensibles,

que aquel movimiento me es extraño por completo? Un cirujano me anestesia el brazo. Dejó de ser mío? La mujer estudiada por Charcot siente el pinchazo de un alfiler a un centímetro de la epidermis. La pertenece ese centímetro de atmósfera? Y el conocimiento por los sentidos, el conocimiento aparential, ¿no establece un lazo? Yo veo la estrella inaccesible, y la estrella ¿me vé?

Explicar lo real! Lo real se siente y se ejecuta, no se explica. Yo siento en mí el temblor de los astros; siento en mí abismos capaces de contener los que espantaban a Pascal; siento en mí el mundo invisible y secreto que trabaja; la energía específica y nueva en torno de la cual, por unos momentos, giran las cosas como no habrían girado nunca; siento en mí un total incoherente que necesita mudar de actitud y esperar lo que no ha sucedido todavía; siento en mí algo irresistible que se opone a la estéril repetición del pasado, y que ansía romper las barreras del egoísmo para realizar su obra inconfundible. Siento que soy indispensable a un plan desconocido, y que debo entregarme heroicamente. Estoy seguro de que todos los hombres sienten co-

mo yo cuando se hace el silencio en sus almas; estoy seguro de que todos, al comenzar a cumplir su noble destino, se reconciliarían con la muerte.

III

Descubrir la energía interior y entregarla para renovar el mundo; he aquí el altruismo. Es la obra de las más profundas corrientes del alma. El que se ha bañado en ellas percibe la superficialidad de la inteligencia pura. Percibe que esa lógica de que tan orgullosos nos mostramos es una fría herramienta, un sentido abstracto, incapaz por sí de crear el espíritu, como los sentidos físicos son incapaces de crear la materia.

Cada vez que el hombre ha intentado elevarse por la razón a una síntesis del universo ha fracasado lamentablemente. Los sistemas metafísicos tienen todos algo de grotesco. Es el contraste entre los medios y el fin, entre la solemne vaciedad de un lenguaje postizo y la realidad intangible que pasa riendo a cien leguas del sabio miope. Los tipos más imponentes de la tontería se

encuentran entre los sabios. Pretender explicar lo real es signo de atrofia en la intuición. Triste espectáculo el de un maravilloso talento a oscuras, como un Santo Tomás, un Hegel o un Comte! La vida no se resuelve con silogismos; no es un problema de ajedrez.

La impotencia de la razón ha sido reconocida siempre por los pensadores razonables. Pascal lo ha dicho mejor que ninguno: «Padecemos una impotencia de probar invencible a todo dogmatismo; tenemos una idea de la verdad invencible a todo pirronismo». De la verdad, es decir, de lo real, de lo real que obliga a la acción fecunda; de lo real que respira y se mueve, La razón será lo que se quiera, menos un motor. Pero no basta declararla imperfecta para lo práctico, e inservible para lo trascendental. Es preciso darnos cuenta de su origen probable, y de la región que habita.

En ciencia, la única verdad que se ha establecido es la verdad física. Tal verdad, que se llama hipótesis, no posee virtud alguna de dominación sobre el tiempo; cambia de siglo en siglo y dentro del siglo. Está supeditada a la aparición del hecho bruto o sea de la sensación. Su papel es

pasivo; su objeto bajamente utilitario. Es un instrumento clasificador. Su insustancialidad no ha dejado de ser notada por los profesionales. Para E. Mach, la hipótesis se reduce a una «economía intelectual». Para Poincaré, la verdad es lo que resulta «más cómodo». El análisis moderno despoja cruelmente a la verdad científica de todo contenido real.

Observemos que la lógica—expresada por medio de las matemáticas—no se aplica sino a lo inorgánico, sin haber conseguido siquiera abrazarlo en su conjunto. La teoría más comprensiva y más reciente, que funda los fenómenos en las leyes electromagnéticas, suprimiendo el átomo material y afirmando el átomo eléctrico, renuncia a incluir en su programa la gravitación universal. La sencilla y clásica ley del buen Newton, la base de la majestuosa astronomía, sigue impenetrable. En cuanto al éter, nos pone al borde mismo del principio de contradicción: es imposible representar el elemento capital de nuestra ciencia. Y si abandonamos lo inorgánico, la noche se hace de repente. La biología, la psicología son un vago empirismo surcado por débiles tendencias: la sociología se forma de

conjeturas pueriles. «La inteligencia, dice Bergson, está caracterizada por una incomprensión natural de la vida... Nos veríamos muy apurados para citar un descubrimiento biológico debido al razonamiento solo»...

Qué interesante es la coincidencia de Poincaré y de Bergson, los dos príncipes de la expeculación contemporánea! Para ambos la inteligencia humana es geométrica. Poincaré, en su magnífico estudio sobre el espacio, concluye: «Si no hubiera cuerpos sólidos en la naturaleza no habría geometría». O sea: «si no hubiera cuerpos sólidos, no seríamos inteligentes». Y Bergson: «Nuestros conceptos han sido formados a imagen de los sólidos... nuestra lógica es sobre todo la lógica de los sólidos... nuestra inteligencia triunfa en la geometría, donde se revela el parentesco del pensamiento lógico con la materia inerte»...

Eso es el hombre: un animal que maneja la materia inerte y construye máquinas protectoras. Su inteligencia es de baja extracción: pertenece a lo exterior, a lo que menos importa. Lo que importa no es impedir que lo exterior nos penetre, sino que lo interior desborde. Lo que importa no es aislarnos, sino comunicarnos: no es

cerrarnos, sino abrirnos. Bergson habla de materia inerte. Mejor sería hablar de materia muerta. La inteligencia es una cosa muerta. Bien lo sentimos en los momentos supremos de nuestra emoción y de nuestra voluntad, cuando la pulpa fluida de nuestro ser rompe la helada corteza razonadora y lanza afuera su mágico surtidor de sangre, de lágrimas o de fuego. La inteligencia es una cosa muerta; es un arma del egoísmo. Así las uñas y los dientes están hechos de células muertas. Lo duro, lo que tanto amó Nietzsche, es lo muerto. La vida es ternura. Por eso no la comprendemos ni la comprenderemos jamás. La piedra no comprende a la brisa. Medimos las órbitas de los astros, y nos quedamos atónitos ante una flor. No nos comprendemos; puesto que vivimos, pero es igual. Lo esencial no es comprenderse, sino entregarse.

IV

La energía interior, esencialmente nueva, destinada a lanzarse contra la exterior para renovarlo, es una energía directora. No se la puede comparar con las energías

que se manifiestan por los instrumentos de laboratorio y que se anotan en las estadísticas de todo género. No hay aguja que la señale, balanza que la pese ni cifra que la mida. Magnetiza el cosmos sin que los sabios, inclinados sobre sus retortas, se aperciban de ella. Los matemáticos triunfan porque no descabala el ejército de fórmulas con que se ha aprisionado el espacio; los médicos exultan al declarar que el bisturí no ha tropezado con el espíritu. Qué somos? Azoe, carbono, agua y algunas cosas más. El problema está resuelto. Así, verificando que no falta ninguna pieza en la caja, la ciencia se figura haber jugado la partida. No se explica la realidad sin asesinarla. Entre lo vivo y lo muerto no existe diferencia: esta es la victoria de la filosofía positiva. Tomad el compás: el cadáver no ha cambiado de estatura. Es el mismo. Vivía y vive. Eso no significa nada. Antes vivía con arreglo a la química, y ahora con arreglo a la química idéntica se descompone. La vida es la muerte. Y la conciencia? En verdad que estorba. Qué es la conciencia de una máquina? Pero se trata de un detalle.

Desvariados! De tanto mirar por el vidrio de vuestros microscopios y de vues-

tros telescopios teneis la mirada de los difuntos. Analizáis maravillosamente lo automático. No veis más que lo verdadero, y se os escapa lo real. Creéis tocar la sangre del universo, y no palpáis más que su osamenta. Archiveros de leyes, pendolistas de la experimentación, qué regocijo el vuestro cuando la materia comparece ante vosotros y obedece al código de vuestros cálculos! Descubrid leyes y que se cumplan. Que el eclipse, previsto de mil años atrás, no se equivoque en una décima de segundo. Oh, luna, oh, sol, oh melancólicos luceros, sed dóciles! Que no se diga que habéis sido caprichosos, o que se os ha olvidado la lección; que no se diga que de los caldeos acá habéis añadido algo nuevo a las cosas. Obedeced; entonces el astrónomo exclamará: «comprendo» y yo gemiré: «bien muertos estáis».

No quiero imitaros; no quiero obedecer; no quiero repetir. Estoy vivo: soy lo nuevo. Qué tengo que ver con las leyes? Amon-tonadlas, juristas; no avanzaréis ni un palmo hacia mí. Mi energía directora, hermana de la humilde energía celular que convierte los jugos oscuros de la tierra en pétalos perfumados, pasará a través de vuestras leyes como el viento cargado de

gérmenes a través de una tela de araña. No romperé tal vez un hilo, no fallarán tal vez vuestras doctas previsiones. Seguiré invisible para vosotros, pero habré pasado.

Hermanos, vivís; somos lo nuevó; estamos fuera de la ley. El manantial que brota de nuestras entrañas no ha sido probado por nadie. Fuera de la ley; fuera de las leyes científicas y sociales. Nos harán la autopsia mañana: hoy no. Demasiados obstáculos nos opone lo de fuera para que no evitemos los obstáculos de dentro. Arrojemus lejos de nuestro ser toda idea de orden establecido; todo respeto a la autoridad y al dogma; todo cariño a las tumbas. El amor a lo que fué es una voluptuosa cobardía. Convenzámonos de que el átomo de realidad que hay en nosotros no tiene historia.

El altruismo está fuera de las leyes. La adaptación al medio es una de las grandes filfas que nos cacareamos los unos a los otros. Se adapta al medio el cangrejo que para viajar lleva en las branquias una provisión de agua como el beduino la suya a bordo del camello? Se adapta al medio la innumerable multitud que habita al fondo tenebroso de los mares, y que enciende allí sus lámparas fosforescentes, como nosotros

las nuestras en la noche? Se adaptan al medio los óvulos que rodeados de iguales condiciones producen organismos diferentes? Llevad vuestro cuerpo a los hielos del polo, o al infierno ecuatorial. Vuestra temperatura no se alterará; os impondréis al medio o sucumbiréis. La vida es la conquista del medio; la transformación de lo exterior por el genio interior. Y vuestra industria ¿qué es sino la fabricación de un medio artificial donde logremos cumplir antes el genio de nuestra especie? Qué hace la humanidad, sino humanizar el universo?

Adaptarse a las leyes físicas, ser un conjunto de leyes físicas equivale a desaparecer. Adaptarse a las leyes tácitas o escritas de la sociedad en que estamos es desaparecer también. Hemos venido a ella para entregar nuestro genio a la obra común, y el genio es rebeldía. Es la rebeldía la que funda el orden superior. Son las leyes las que perpetúan el desorden. No es el altruista el revolucionario, sino el egoista, el que entorpece la marcha moral de las energías creadoras. Ese juez que consulta un libro viejo para hacer el bien y no consulta su alma, es el introductor de la muerte. Pero nosotros mataremos la ley y reanimaremos el mundo.



En la estancia

HE aquí la naturaleza auténtica, el augusto desierto. En los sitios que hasta ahora conocía del Paraguay, el terreno y la vegetación me parecían querer acercarse, rodear e imitar al hombre, acompañarle en sus humildes cultivos, en su vida sedentaria y pequeña, ofreciéndole horizontes menudos, ondulaciones perezosas, perspectivas acortadas más bien por inextricables jardines que por selvas vírgenes, aguas delgadas y lentas, matices homogéneos y suaves, paisajes estrechos, de una placidez familiar y casi doméstica, de una tenue melancolía de viejo vergel abandonado. Aquí las cosas no nos recuerdan, no nos ven: llanuras sin término, de un pasto de búfalos, cruzadas por traidores esteros; bosques que ponen una severa barra oscura en el confín de lo visible; malezales cómplices del tigre y de la víbora; peligro y majestad. Ni el azar mismo nos concilia con esta soledad definitiva. Nada de humano nos circunda. Pudo el antropoide, tronco de nuestra extraña es-

pecie, no haber salido jamás del misterioso no ser a donde tantas otras especies tornaron al cumplirse los tiempos, y estos llanos alternarían idénticamente su ritmo infinito y estos montes exhalarían en la lóbrega intimidad de su fondo, igual aliento salvaje. La inmensidad nos tiene prisioneros. «No», dice el cielo, ensanchado por la tierra; «no», dice el árbol que levanta sobre la siniestra espesura sus brazos eternos; «no», repiten los buitres inmóviles, espías de la muerte. Y para venir a encerrarse en perdurable encierro, con tan imponentes testigos, para afrontar todos los días, hasta el último de nuestros pobres días, tan grandioso y fatal espectáculo, preciso es traer otra soberbia negación en el alma, un odio implacable, o un desprecio feroz, o una tranquilidad terrible, o una resignación de granito.

Como os comprendo, rudos servidores de mi huésped, pastores taciturnos! Curtida está la piel de vuestras manos como la de vuestros tiradores de boyeros; vaciados estáis en áspera arcilla, hermana de la que pisan vuestros pies incansables; las líneas de vuestros cetrinos rostros tienen la impassibilidad de estos campos adustos. Vuestras siluetas no turban la armonía secreta del

ambiente, y vuestro oficio es el único que no lo profana. Devolvéis a su patria agreste los toros que otras generaciones capturaron y enloquecieron para diversión estúpida, y los dejáis recorrer con pezuña tarda y poderosa, leguas y leguas de dominios. Guardáis los rebaños del silencio, riquezas que gentes lejanas pesan y cotizan, aquí figuras de verdad y de belleza. Hacéis que el bárbaro testuz, en la gloria robusta de sus astas, se yerga sobre los altos haces silvestres, y que resplandezca el atento y magnífico espejo de los ojos bestiales. Pobláis el sombrío paraíso de los solos habitantes dignos de él.

Las escondidas divinidades rústicas acoguen vuestra adormida tristeza. Apagada la esperanza en vuestros corazones, y en vuestra inteligencia la curiosidad, os acomodáis al yermo, a la desnudez desesperada de vuestras chozas y de vuestros instintos. Es que la desconfianza, el miedo y la sumisión inerte pesan en vuestra carne. Es que os pesa la memoria del desastre sin nombre. Es que habéis sido engendrados por vientres estremecidos de horror, y vagáis atónitos en el antiguo teatro de la guerra más despiadada de la historia, la guerra parrí-

cida y exterminadora, la guerra que acabó con los machos de una raza y arrastró las hembras descalzas por los caminos que abrían los caballos, quizás ignorantes de vuestra orfandad y de vuestro luto; vivís desvanecidos en la sombra de un espanto. Sois los sobrevivientes de la catástrofe, los errantes espectros de la noche después de la batalla. Qué son treinta años para restañar tales heridas? Seguíis vuestro destino, pastores taciturnos. En torno vuestro las flores han cubierto las tumbas; nadie es capaz de atentar a la formidable fertilidad de la tierra; el hierro y el fuego mismo la fecundan; no hay para ella gestos asesinos. Por eso, en su vitalidad indestructible, ella que recibió los huesos de los héroes inútiles no ha de negar su paz austera a los hijos del infortunio.

Quién intentará curar, consolar a los que lo perdieron todo: fé en el trabajo, poesía serena del hogar, poesía ardiente de una ternura que elige, sueña y canta? Quién confortará a los que aún no rompieron en llanto y en ira? Quién tendrá bastante constancia para combatir los fantasmas fácticos, bastante piedad y respeto al tocar las raíces sangrientas del mal, bastante pa-

ciencia para despertar las mentes asombradas, bastante dulzura para atraerse las criaturas enfermas? Universitarios que proyectáis regeneraciones, retóricos del sacrificio, abandonad esa colmena central y dispersaos por los modestos rincones de vuestro país, no para chupar sus jugos a los cálices ingenuos, sino para distribuir la miel de vuestra fraternidad. Talentos generosos, prosperad todavía; haceos maestrillos de escuela, curitas de aldea; acudid a la simple faena cotidiana, y en las tardes transparentes, a la vuelta del surco, hablad al oído a vuestros hermanos que sufren, que sufren tanto que no saben que sufren! Pero si no hay amor en vosotros quedaos en la colmena y dedicaos a la política. Vuestra solicitud sería la postrera y peor de las plagas.

He escrito política? Había olvidado—perdón!—había olvidado la política. Había olvidado el recurso feliz, el emplasto de *Diarios oficiales*, la cataplasma oratoria. Había olvidado la farmacopea parlamentaria. Hemos progresado en religión: de muchos dioses hemos pasado a uno, y estamos en vías de pasar de uno a cero. Nuestro poder terrestre ha progresado a la inversa: del tirano hemos pasado a la cuadrilla. El

tirano, malo o bueno, representaba a Dios; no se suponga que la cuadrilla representa algún travieso y despreocupado Olimpo. Representa el pueblo; sí, pastores taciturnos, hay unos cuantos alegres señores que os representan. Tal vez no lo creáis; tal vez Dios no se haya creído representado nunca por Juana la Loca o por Carlos el Gordo. Ni Dios ha bajado todavía de las alturas a explicarse, ni tú, paciente pueblo, subirás de las honduras a explicarte. Desearías entender lo que sucede en las cámaras, mas el mecanismo administrativo es tan maravilloso, tan complicado, que los discursos elocuentes llegan a tus espaldas transformados en el rebenque del cabecilla. Y tú, penosamente, te encoges de hombros...

Basta. Esto es *demasiado humano* para este panorama imperioso y solemne. No soy un bucólico azucarado; sé que las plantas elegantes se roban el aire y la luz, que los tallos esbeltos se retuercen para estrangularse, que no es por estética que la golondrina decora el espacio con las graciosas curvas de su vuelo, sino por devorar una presa invisible; sé que lo hermoso y lo pujante brota de los cadáveres podridos. Y sin embargo siento que de las sanas cruel-

dades de la naturaleza se eleva una certidumbre sublime, ausente de las maniáticas y ruines crueldades de los hombres.

(De *El Dolor Paraguayo*. 1911).

Poemas

El sueño de las palomas

EN el cedro se han posado las palomas para la noche.

Por largo rato, titubeantes, se arremolinaron sobre el árbol solitario.

Ahora van a dormirse. Como todas las noches en la cima de la más alta rama, un ruiseñor cantará.

Así arrullo a menudo tu sueño con palabras de amor.

Creo que el mismo instinto guía a las palomas y a las mozas hacia jardines donde cantan ruiseñores.

La noche

Tú que la viste, el último, tú que fuiste a suplicarla que perdonara y volviera, mi amigo, mi franco amigo, di qué hacía.

—Sobre el pretil del pozo miraba beber a los rebaños.

—Mi amigo, mi franco amigo, ¿qué le dijiste?

—Le señalé tu mansión y dije: Te espera. Pero enseguida bajó el rostro y me habló de los rebaños.

—Mi amigo, mi franco amigo, di si temblaba su voz.

—Tan bajo hablaba y era tan grande el ruido de los zagales que escuché apenas su voz.

—Mi amigo, mi franco amigo, di si al callarse miró hacia mi morada.

—Como cerraba la noche no se veía tu morada.

Franz Toussaint ¹

(Le Jardin des Caresses).

¹ Joven escritor francés. Hemos tomado estos poemas de *La Revista de América*, número de abril de 1913.